

un testimonio evidente contra nosotros? Pues recordad, cristianos, que este sagrado nombre que profanamos á cada paso, nos será de mucha necesidad en la hora de nuestra muerte. Le oiremos resonar en nuestros oídos ya casi imposibilitados para oírle, y nuestros trémulos lábios querrán despegarse para ofrecer á Dios con este nombre el último respeto de nuestra fé, de nuestro amor y de nuestra confianza en la sangre del Salvador. Santifiquemos, pues, nuestros lábios, no pronunciando nunca este divino nombre sino con la misma reverencia, con el mismo agradecimiento y con la misma confianza que desearemos pronunciarle en el artículo de la muerte. Desde este día en que empezamos un año, que no sabemos si será el postrero de nuestra existencia, sea todo nuevo en nosotros; sean nuevos nuestros corazones para amar este divino nombre, nuevas nuestras voces para pronunciarle y bendecirle.

Y vos, Jesus amadísimo, inocentísimo Jacob cargado con los despojos de nuestra mortalidad, tened compasión de nuestras flaquezas. Las manos que levantamos al cielo están manchadas con la culpa de nuestra rebelión; empero el Padre Celestial y Eterno no puede negar nada á su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias. Alcanzadnos, pues, la divina gracia, á fin de que cumplamos exactamente los propósitos que hacemos en este día: derramad sobre nosotros á manos llenas vuestras bendiciones, para que viviendo como verdaderos cristianos, y siendo el nombre dulcísimo de Jesus la última voz que pronuncien nuestros lábios, alcancemos la inestimable felicidad de alabaros eternamente en la gloria. Amen.

SERMON 1.º

PARA EL DÍA

DE LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

Procidentes adoraverunt eum.

Postrándose los Magos ante el Infante Jesus, le adoraron.

Mat. c. II, v. 11.

Floreció, señores, la vara de Jesé, y los tiempos han traído á los mortales la justicia eterna, que quitará la tiranía del pecado. Jacob lo había profetizado, estando ya para morir: no saldrá el cetro de Judá, dijo, ni de su familia el poder hasta que llegue aquel que ha de venir, aquel por quien han de suspirar todas las naciones. ¿Quién podía ser el objeto de la espectación universal? ¿Quién podía ser aquel por quien el mundo suspirara, y del que esperara su salvación? ¿Quién podía ser el objeto de los deseos de los justos y patriarcas del Testamento antiguo, simbolizado y anunciado por tantos profetas? No otro que el Mesías, no otro que Jesucristo Verbo Eterno, que para sacarnos de la esclavitud del demonio habíase propuesto realizar por sí mismo la grande obra de unir

la paz con la justicia. Y lo efectúa, toma nuestra carne en el claustro virginal de la mas santa de las criaturas y se hace hombre, y aparece en el mundo tierno y delicado Infante espuesto y sujeto á todas las miserias de la naturaleza humana, escepto el pecado.

¿Y quién podría dudar que aquel Infante era el Mesías verdadero, por mas que se le viese recostado sobre humildes pajas y en un estado de tanto abatimiento? Todo estaba profetizado. ¿Dónde estaba el cetro de Judá al nacimiento de Jesucristo? ¡Ah! que en aquella época reinaba el impío Herodes bajo la autoridad de Augusto. Se habian cumplido las setenta semanas de Daniel, y la prevaricacion por lo tanto debia aniquilarse, y la iniquidad debia huir dejando el lugar al reinado de la justicia (1).

¿Qué habia dicho Isaias? Escuchad: un niño se nos ha dado; un niño que se llamará el Admirable, el señor de los consejos, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de eterna paz, y para decirlo de una vez, se llamará Dios con nosotros (2). ¿Pero cómo escoje para nacer un pueblo tan pequeño y de tan poca nombradía como Belén? Oid, señores, á Zacarías, y vereis como siglos antes del nacimiento del Salvador saluda ya á este pequeño pueblo, conociendo que de él habia de venir el Redentor.

Los Magos habian estudiado las profecías, y no

(1) La profecía de Daniel es esta. Tu ergo animadverte sermonem, et intellige visionem. Septuaginta hebdomades abbreviatæ sunt super populum tuum, et super urbem sanctam tuam, ut consummetur prevaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna, et impleatur visio, et prophetia, et ungatur Sanctus sanctorum. Daniel cap. IX, v. 23 y 24.

(2) PARVULUS enim natus est nobis, et Filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum ejus, et vocabitur nomen ejus, Admirabilis, Consiliarius, Deus, Fortis, Pater futuri sæculi, Princeps pacis, etc. etc. Isaias. c. IX, v. 6.

podian admirarse por lo tanto de ninguna de las circunstancias del nacimiento de Jesucristo. Por esto llenos de fé, de esperanza y de caridad, salen de sus palacios, siguen el rumbo de la estrella que les guiaba, encuentran al recién nacido, y postrados en tierra le ofrecen sus dones, conociendo que nada son los hombres, que nada son los reyes de la tierra en la presencia de aquel Niño, á quien sin violencia reconocen como Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Luego puede decirse que los Magos fueron los primeros que tuvieron la dicha de reconocer y adorar á Jesucristo como á verdadero Mesías. ¡Qué vergüenza y qué confusion para los incrédulos de nuestros dias! Los Magos adoran á Jesucristo y le reconocen como Dios, sin necesidad de haber visto milagros, y antes que el Salvador se hubiese dado á conocer al mundo por sus obras y maravillas, y los incrédulos de nuestros tiempos le niegan, no obstante estar confirmada su doctrina por grandes milagros, y despues de mas de diez y cho siglos de establecida su Iglesia. Luego *los Magos*, y ved aquí la proposicion de mi discurso, *confunden con su fé y con su conducta á los incrédulos de nuestros dias*.

Tierno infante, á quien en medio de esas pajas reconozco por mi Dios y Salvador, nada bueno podré hacer sin vuestro soberano auxilio; comunicadme los rayos de vuestra divina gracia, para poder dignamente evangelizar á mis oyentes. Os lo suplico por esa Señora llena de gracia y de virtudes que por nueve meses os llevó en su virginal vientre, y á la cual saludamos con el mayor afecto de nuestros corazones, repitiendo las espresiones del ángel. *Ave Maria*.

PARTE ÚNICA.

Así como las opacas sombras de la noche hermo-
sean mas la luz del sol, convino que desde los pri-
meros dias del Cristianismo el error se empeñase en
empañar la verdad, para que adquiriese esta nuevo
brillo y esplendor. Heresiarcas infelices, discípulos
del ángel de las tinieblas se proponen en todos los si-
glos despedazar las entrañas de la Iglesia, negando
ó contradiciendo sus verdades y dogmas principales.
En todo tiempo hánse escrito por envenenadas plu-
mas obras agradables en su estilo, perniciosas en su
contenido, que han tenido por objeto destruir la
sana moral del Evangelio, y muchos sencillos que
han leído que todo es falso, que son puramente hu-
manas invenciones las mas santas máximas, han
caído en la red que la impiedad les tendiera, y
negando al Criador la adoracion que le es debida,
han perdido con sus creencias sus almas.

No hay duda que es mas fácil negar y presentar
dudas y objeciones, que probar las verdades, muy
especialmente en épocas revolucionarias, cuando la
soberbia, el amor propio, el interés han levanta-
do altares á la vanidad y á la presuncion: ved aquí
el por qué de tantas herejías, de tanta impiedad
como esparce diariamente la prensa irreligiosa. Es
una verdad que los filósofos del siglo XVIII prepa-
raban el epitafio para la losa sepulcral del catoli-
cismo, y la impiedad se daba la enhorabuena por
el triunfo del *racionalismo* y la destruccion de la
Iglesia.

Empero pasó el siglo XVIII y con él pasaron

sus filósofos y políticos, y tras él vino nuestro si-
glo XIX, y no dejaron de aparecer y no dejan de
vivir entre nosotros, incrédulos que haciéndose pre-
dicadores de la impiedad, tratan de socavar los ci-
mientos de la Iglesia de Jesucristo. ¿Exagero acaso?
¿Qué hemos visto y estamos viendo por desgracia en
estos mismos tiempos en nuestra amada patria, en
el reino mas católico del mundo, donde reinaron
los Recaredos y Fernandos? ¿No hemos visto puestos
en discusion los dogmas del catolicismo? ¿No hemos
visto con mengua del nombre español levantarse
voces impías en públicas córtes, pidiendo que se nos
arrebatare nuestra unidad católica (1)? ¿No hemos
visto.....? ¡Pero á qué recordar escenas que hemos
presenciado, y que no pueden menos de arrancarnos
lágrimas de dolor! ¿Acaso diez y nueve siglos de es-
tabilidad, la confirmacion de los milagros no basta
para convencer á los herejes de la divinidad de
Jesucristo y de su Iglesia? No: aquellos primeros
fieles que escucharon la doctrina evangélica de boca
del mismo Salvador, no podian estar tan seguros
de su divinidad como nosotros. Nosotros le hemos
visto realizar todas sus predicciones desde la altura
de su trono, y estamos viendo que el Eterno Padre
autoriza con el testimonio de los sucesos la infali-
bilidad de las palabras de Jesucristo, su Hijo ama-
dísimo, en quien tiene sus complacencias.

Emperò vosotros incrédulos estais ciegos, cuando
vuestra temeridad no os deja ver que por espacio de
tantos siglos se verifican á la letra todas las promesas,
cuando no observais que á través de tantas persecucio-

(1) Predicaba el autor este discurso el año de 1856, el 6 de enero.

nes, que no obstante tantos ingratos como asestan sus tiros contra Cristo y su Iglesia, la religion se conserva triunfante, risueña, al ver la pequeñez y miseria de los que temerarios quieren socavar sus cimientos y concluir con ella; pero el mismo Jesucristo lo habia dicho, y tambien que faltarán los cielos y la tierra, y que su palabra no faltará jamás.

¿Qué pretendéis, pues, incrédulos del siglo XIX? ¿Acaso que Jesucristo obre nuevos milagros para creer en él? Pues bien, acercaos á sus imágenes y decidle como los judíos: *Si rex Israel est, descendat de cruce et credimus ei*. Pero en vano me canso en estas reflexiones: no es que vosotros no creais en Jesucristo, sino que su moral no os acomoda, que quisierais una religion que santificase vuestros vicios, y que no os amenazase con el infierno en castigo de vuestros pecados.

Mas ya es tiempo que confundamos á la incredulidad, y que la confundamos con el ejemplo de los sábios del Oriente, que dóciles y llenos de fé se presentaron gustosos á prestar adoracion y ofrecer sus dones ante el infante Jesus.

¿Quiénes fueron los Magos que vinieron de Oriente á Belén para ver y conocer al Rey de los judíos que habia nacido? Eran reyes segun la opinion mas comun, y llegaron á Belén trece dias despues de haber nacido el infante Jesus; y que eran gentiles y filósofos nos lo declara el mismo Evangelio, diciéndonos que eran Magos, es decir, hombres dedicados á las ciencias naturales. No necesitaron de revelaciones ni milagros: ven la portentosa estrella, que ya habia sido vaticinada por Balaan, y en el momento, conociendo que era señal inequívoca de que habia nacido el magnífico Rey que esperaban, disponen su partida, y abando-

nando las grandezas y comodidades de sus palacios, se ponen en camino, siguiendo el rumbo de la estrella. ¿Y á dónde caminan? ¿A dónde se dirijen? ¿Pero lo saben ellos por ventura? ¿Tienen noticias del lugar del nacimiento? No; pero sea cerca ó lejos, á ellos nada les importa: estan decididos á conocer al recién nacido y caminarian, si necesario fuera, hasta el fin del mundo.

Despues de grandes penalidades y sinsabores, que son consiguientes á dilatados viajes, llegaron por fin á Jerusalem: al entrar en esta ciudad se les oculta la estrella, y ellos creen por lo tanto llegado el fin de su viaje. ¿Y qué cosa al parecer mas propia que el nacimiento del magnífico Rey hubiese tenido lugar en aquella famosa capital? Entran, pues, precipitadamente por las puertas de la célebre Jerusalem, y dánse la mayor priesa en buscar por todas partes el tierno Infante que era objeto de su amor. Sabian los Magos que Herodes tenia usurpado el trono, y no ignoraban tampoco su carácter sanguinario. Esto no obstante, empiezan á esclamar á voces por las calles ¿dónde está el nuevo rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella desde el Oriente, y venimos á adorarle. *Ubi est qui natus est Rex judæorum? Vidimus enim stelam ejus in Oriente, et venimus adorare eum*. Herodes tiene prontamente noticia de la llegada á su córte de estos Magos y del objeto de sus indagaciones. Sorpréndese, como era natural, y los hace comparecer á su presencia, é informado por los sacerdotes que Belén era el lugar vaticinado por un profeta, donde habia de nacer el Mesías, les dice con la mas refinada hipocresía y con el mas infame designio: «Id y buscad á ese nuevo Rey, y si le encontrais, volved á decir-

melo, pues yo tambien quiero ir á adorarle.» Y llenos de fé los Magos salen de Jerusalem, resueltos á no parar en su viaje hasta encontrarle.

Ved aqui, señores, si con razon dije que la fé de los Magos confunde la incredulidad de nuestros dias. Venid acá filósofos incrédulos, soñadores del siglo XIX, y decidme ¿qué habian visto los Magos, que les probase y les hiciese conocer que el tierno Infante á quien con tanto empeño buscaban era el Hijo de Dios, el Mesías prometido en las Escrituras? Nada absolutamente: solo la aparicion de la milagrosa estrella fué bastante para que abandonando sus comodidades, saliesen inmediatamente á llevar á cabo su santo designio. La estrella les indicaba que aquel niño era el Rey de los judíos, y dóciles corren precipitadamente á adorarle. Y vosotros incrédulos, habeis visto confirmada su doctrina por tantos siglos, observais la estabilidad de su Iglesia, ois la voz de los sacerdotes, maestros de la ley, que os dicen: «Jesus es vuestro Rey, adoradle en espíritu y verdad;» y vosotros á pesar de tantas pruebas, de estar viendo la cruz enseñorearse en el universo, os dais prisa á contestar como el pueblo judío: *Nolumus hunc regnare super nos. Non habemus regem nisi Casarem.* No queremos que ese nos mande, ni otro rey que el César. Es decir, «no queremos reconocer otro rey ni otro Dios que nuestros placeres.» Pues bien, no olvidéis que por fin tuvieron los judíos su César, que fué para ellos un tirano feroz, el mas terrible vengador y mas implacable ministro de la justicia divina. Vosotros quereis á vuestro César, quereis vivir domellados á vuestros vicios y pasiones y no quereis reconocer á Jesucristo por vuestro Rey y Señor; pues bien, seguireis con vuestro gusto, pasa-

reis cuatro dias bajo la dominacion de ese rey que adorais, y disponeos para una eternidad de penas, que os está preparada en castigo de vuestra obstinacion é incredulidad.

Empero volvamos á los Magos, sigamos con ellos el rumbo de su penoso viaje. Salen de Jerusalem, y se llenan de alegría y regocijo al ver de nuevo la estrella, que delante de ellos camina para dirigirles. La siguen en efecto, y prontamente se encuentran en Belén. Allí paró la estrella, y bajó hasta ponerse sobre el mismo lugar donde estaba el infante Jesus. Entran los Magos en aquel pobre y miserable albergue, y no ven mas palacio que un pesebre, buscan al Rey que ha nacido, y solo ven un niño envuelto en pobres pañales, reclinado sobre humildes pajas, y ni aquellas cunas de oro, ni los magníficos tapices que adornan la estancia de los hijos de los reyes vense en aquel lugar dó reside el que es Rey de reyes y Señor de los que dominan. Buscan su córte, los capitanes de su guardia, los grandes que le rodean, y solo observan una mujer humilde, que es su madre, y un pobre artesano. ¿Y este cuadro enfriará acaso la fé de los Magos, y creyendo que se han equivocado, al no ver aparato de magestad, se volverán tristes á sus Palacios? No: que la fé de los sábios del Oriente es firme, eficaz y operativa. No obstante tanta pobreza, no obstante aquel aparato de humillacion, ellos reconocen que no han sido engañados, que aquel tierno y delicado infante es el Mesías prometido. Se arrojan, pues, con la mayor prontitud á sus piés, le adoran reverentes como á su Rey y Señor, y le ofrecen dones de oro, incienso y mirra.

¡Felices mil y mil veces vosotros, sábios del

Oriente, que fuisteis los primeros en adorar á Jesucristo en espíritu y en verdad! ¡Felices vosotros, que ante su presencia depusisteis vuestros cetros y coronas, y que llenos de fé doblasteis vuestras rodillas ante el Salvador de la humanidad! ¡Oh si imitáramos nosotros vuestra fé! Qué felices y dichosos seríamos, si le adoráramos con vuestro mismo espíritu, y no nos apartáramos un momento en la observancia de su divina ley! Los Magos, señores, tienen revelacion de no pasar por donde estaba Herodes, y así por otro camino se volvieron á sus reinos, satisfechos y gozosos por haber logrado la dicha que deseaban, de ver y adorar al nuevo Rey que habia nacido.

Tal es, señores, el hecho bíblico, la historia sagrada que la Iglesia nuestra madre nos recuerda en este día, con el santo objeto de que aprendamos de los santos Reyes á dar á Jesucristo la adoracion que le es debida. Y vosotros, incrédulos de nuestro siglo, aprended de la conducta de estos tres sábios del Oriente. Ellos no tienen otro aviso que la estrella: la creen la voz de Dios, la siguen y continúan su dilatado y penoso viaje hasta encontrar al Salvador. Cuanto se les presenta en la humilde gruta de Belen era capaz de hacer titubear á los mas firmes; pero ellos dando una prueba inequívaca de su fé, le reconocen como habeis visto, y le adoran y le ofrecen dones no solo como á Rey, sino como á Dios criador y conservador de cuanto existe. A vista de esto ¿seguireis profesando ese filosofismo pirrónico, que os pierde y os conduce á vuestra perdicion eterna? ¿Sereis tan ilusos ó tan ciegos, que viendo cumplidas todas las palabras del Salvador, no os convencen ni los milagros, ni la santidad de la moral del Evangelio, ni el testimonio de tantos y tan ilustres

mártires como vertieron su sangre en defensa de Jesus y de su Iglesia? Salid, pues, de una vez de vuestros errores, echad al fuego esas lecturas funestas que os pierden, y reconociendo á Jesucristo por vuestro Dios y Salvador, abrazad su doctrina y no os apartéis un momento del cumplimiento de vuestros deberes; no olvideis por último que sin religion no hay sociedad, sin la moral del Evangelio no hay ni puede haber felicidad y tranquilidad en las familias. A tiempo estais todavía, arrepentios, unios á Jesucristo por medio de una sincera confesion de vuestras culpas; sed verdaderos creyentes y sereis felices en el tiempo y en la eternidad.

Y vosotros, amados míos los que siempre habeis permanecido fieles á Jesucristo, seguid constantes en vuestra creencia y en vuestra fé: no os dejéis alucinar por enemigos de Dios; sed cumplidores de la divina ley, dando á Jesucristo la adoracion verdadera que le dieron los santos Melchor, Gaspar y Baltasar, y merecereis ser sus compañeros en la gloria. Amen.